

"Tengo familia en Mexicali".

"Yo estudié en la Enuff, Escuela Normal Urbana Federal Fronteriza y gradué en 1986 antes de eso, estudié la Secundaria en la escuela Francisco Zarco, en lo que en aquel entonces era Palacio y ahora es la colonia González Ortega, por lo que tengo entendido.

¡Gracias!

ALFREDO QUIÑONES-HINOJOSA
Assistant Professor of Neurological Surgery and Oncology

Correo electrónico enviado por el doctor Quiñones a la redacción de LA CRÓNICA



Su historia en Mexicali

Fotos que muestran el lugar por donde Alfredo se brincó a Estados Unidos y los lugares donde vivía en California.



Mexicalense que se fue de ilegal a EU y ahora es neurocirujano

La historia del doctor Alfredo



Dr. Alfredo Quiñones-Hinojosa

Redacción/LA CRÓNICA

Cuando Alfredo Quiñones se fue de Mexicali, a los 19 años, su plan era, como muchos migrantes, llegar a los Estados Unidos para hacer mucho dinero y regresar después a México.

Sin embargo, su destino fue otro y hoy es un destacado médico neurocirujano del Centro Médico Johns Hopkins Bayview, en Baltimore. Ahora tiene 38 años de edad y es director del programa de tumores cerebrales.

Su historia fue publicada en la edición de invierno del 2007 de la revista especializada Hopkins Medicine.

El artículo, firmado por David Dudley, destaca que Quiñones fue el primero de una familia de seis hermanos.

Creció en un poblado a las afueras de Mexicali y comenzó trabajando en una estación de gasolina cuando tenía 5 años, y además vendía elotes y hot dogs a los conductores para hacer horas extras y ganar dinero para su familia.

Su familia era pobre, especialmente después de la crisis económica en la década de los 80, la cual dejó a su padre sin trabajo y a la familia hambrienta.

Un día decidió cruzar la frontera ilegalmente para trabajar en campos agrícolas del Valle de San Joaquín, California, pero no se conformó y se puso a estudiar inglés, lo que posteriormente lo ayudó para superarse y llegar hasta la escuela de Medicina de Harvard, donde se convirtió en un cirujano del cerebro.

En la entrevista, Quiñones recuerda que cuando recién llegó a Estados Unidos dormía en un tráiler y ahora está sentado en un bello sofá de piel. La gente le llama Dr. Q.

Mientras acaricia el sofá, dice: "Soy tan afortunado de estar aquí".

El médico, de origen mexicalense, cuenta la historia cuando casi muere.

Era el 14 abril de 1989, cuando Quiñones tenía 21 años de edad, inmigrante ilegal, trabajaba como soldador en la estación de ferrocarril, en California.

Recuerda que cayó en el interior vacío de un contenedor de petróleo a una profundidad de 18 pies y trató de escapar al intentar escalar con una cuerda que le fue aventada por los socorristas.

"Mientras subía toda mi vida pasó por mi mente, vi a mis padres llorando, mis amigos y otras cosas, al llegar a la parte de arriba", dice, "le di la mano a uno de los trabajadores y volví a caer, debido a los humos que despedía el tanque.

Al despertar me encontraba en la sala de cuidados intensivos de la unidad médica, fue esa la primera ocasión en que estuve dentro de un hospital.

"Siempre pensé que todo lo que había pasado desde entonces fue un regalo", comenta.

El grado de estudio de Quiñones, como asistente profesor de Neurocirugía, desde el año pasado, ha excedido las expectativas para él y para otros.

Es la historia de un mexicano adolescente, sin dinero, que brinca la frontera, aprende inglés, y asiste a la escuela de Medicina de Harvard, para convertirse en un cirujano del cerebro.

Es una hazaña, la cual uno está obligado a observar, dice Ed Kravitz, neurobiólogo amigo de Quiñones desde Harvard. "Es demasiado para ser verdad, pero es cierto", agrega.

Una persona extraordinaria

Henry Brem, presidente de Neurocirugía del Centro Médico Johns Hopkins Bayview, comenta la manera curiosa en que Quiñones manejó al equipo de tumores cerebrales el año pasado.

"Él (Quiñones) no es una persona que acepta un no. Él es una persona que supera las expectativas. Él quiere hacer lo que para otras personas es imposible".

Sus investigaciones se han enfocado en la posibi-

lidad de usar células de raíz, para parar o inclusive reparar el daño ocasionado por el cáncer en el cerebro, el alto grado devastador de "gliomas", que, para muchos pacientes son una sentencia de muerte.

Ayudó a desarrollar un tratamiento denominado Gliadel, de quimioterapia en agua, el cual ha extendido los promedios de vida para aquellos quienes cuentan con un tumor maligno cerebral.

Los inicios

Una vez que brinco el cerco que divide a Mexicali de Calexico, Quiñones trabajó como jornalero en la pizca de algodón y tomate en los campos de Fresno, California. No hablaba inglés, a los 19 años, se preguntaba si no había cometido un error.

Un día le comentó a un sobrino que quería ir a la escuela a aprender inglés y dejar atrás la granja para siempre.

"Él me miró diciendo: ¿Estas loco? Esto es tu futuro, tú viniste a este país, igual que nosotros, a trabajar en los campos".

Esto, Quiñones dice, era un llamado. "Si él no me hubiera dicho eso, probablemente estuviera todavía allá".

Llamó a sus padres, quienes para esa fecha se habían establecido con tres de sus hermanos más pequeños cerca de Stockton, lo recogieron y lo llevaron a vivir con la familia en un departamento de un cuarto, en el Centro de esa ciudad.

Encontró trabajo en la compañía de ferrocarriles, donde su primer tarea fue dar paladas de sulfuro.

En 1988, Quiñones, se inscribió en una clase de inglés en el Colegio local de la comunidad. Y las cosas cambiaron.

Siempre estaba en apuros

Cuando Ana Peterson conoció a su futuro esposo en el Colegio Delta de San Joaquín, en 1990, ella salía apenas de la Preparatoria, Alfredo era el

muchacho mexicano de cabello largo que parecía llegar siempre tarde para algo. "Estaba intrigada, porque siempre estaba en apuros", dijo ella.

El joven Alfredo estaba claramente enfocado a algo, rápido. Fue tutor de otros estudiantes que hablaban español en las clases de Matemáticas y Ciencias, quienes se unieron al equipo de debate para practicar el inglés.

Su preparación fue impecable, pero su acento era indescifrable. Ganó el segundo premio en un torneo en la Universidad de San José.

"Yo creo que nuestra principal arma era el hecho de que

nuestros oponentes no podían entender lo que estaba diciendo".

En 1992, tuvo que renunciar a la compañía de ferrocarriles para bien y se ganó una beca a Berkeley, donde decidió considerar como prioridad la Psicología.

"Las áreas que encuentro más difíciles son las que tengo que escribir o hablar", dice "y casi siempre todos los exámenes de Psicología eran escritos.

"Yo tenía pesadillas sobre esos ensayos como exámenes, pero necesitaba desafiarme a mí mismo. Mantengo mi puntuación media arriba (GPA, Grade Point Average), por hablar cálculo, física y química, porque esas eran más fáciles", recuerda Alfredo.

Era el mejor

Un tutor en el departamento de Psicología en Berkeley, el neurobiólogo Joe Martínez, señala a Quiñones como "uno de los dos mejores graduados que he tenido".

Ahora en la Universidad de Texas en San Antonio, Martínez señala:

"Alfredo no sabía nada acerca de Neurobiología cuando entró a mi laboratorio, pero realmente captó su imaginación. El nivel de motivación, pero sobre todo la habilidad que le tenía, era asombrosa".

Quiñones consideró la escuela de leyes, pero



Vestido de trabajador en 1989.

inspirado en parte por su abuela, quien era una respetada curandera en México, él se decidió por la Medicina.

La escuela de Medicina se alineó para ofrecerle una beca escolar. Martínez, quien tenía a cargo un programa minoritario para estudiantes, encaminó a Quiñones para que escogiera Harvard, presentándole a Ed Kravitz y su famoso laboratorio de Neurobiología en Harvard.

En un programa de investigación prematricular de verano, en el laboratorio de Kravitz, Alfredo obtuvo el apodo de "Lucky Quiñones", después de su éxito en un proyecto de clonación parcial de un receptor implicado en una langosta que muda.

Para Kravitz, un niño criado en las calles del Bronx, quien es profesor de tiempo completo de Harvard, a los 30 hubo una conexión inmediata con Quiñones.

"Ambos viajamos en una ruta inusual para llegar a donde estamos", dice, "ambos nos consolidamos en el mismo sentido".

Quiñones, también fue distinguido en Harvard por sus esfuerzos a favor de otros estudiantes de bajos ingresos.

Mucho trabajo

Quiñones generalmente llega antes del amanecer de su casa en la zona rural de Belair, Maryland, a una hora de distancia de Baltimore.

En un buen día probablemente llegue a su casa a las 23:00 horas, tiempo después de que sus tres hijos se acostaron a dormir.

Por la noche está programada una cirugía de un paciente con un tumor, él espera estar fuera de la sala de operación, a la 1:00. "¿Qué puedo hacer? Esta es mi vida", dice.

Su trabajo ético es una fuente de inspiración para los estudiantes del colegio que están a punto de graduarse.

"Yo puedo estar escribiendo y hablando a usted y a su vez revisando mi 'pager' todo al mismo tiempo", comenta.

"Soy un jefe muy demandante, mi meta es siempre dirigir con el ejemplo, al ser el primero en llegar y el último en irme", agrega.

Los asistentes de laboratorio están acostumbrados a las llamadas a media noche de su jefe, quien está vigilando los experimentos.

Entre todos los reconocimientos en la pared de su oficina y su casa, uno es de sus padres, quienes ahora viven en San Diego. Como todos los padres se preocupan por Alfredo, que él trabaja muy duro y nunca ve a sus hijos.

"No creo que ellos realmente entiendan lo que hago. Mi madre creció en un orfanato en México y mi papá nunca fue a la escuela. Ellos me preguntan si estoy feliz, y yo les digo que sí".

Es posible que ellos entiendan más lo que Alfredo realiza. Cuando se graduó de Harvard, ellos le dieron una placa para que la colgara al lado de sus diplomas escolares, en el último enunciado dice "Ellos me pidieron que continuara dando a los otros lo que los otros me dieron, y ser agradecido y ayudar por igual a aquellos que tienen y a los que no tienen".

Por un momento mantuvo el silencio. "Esa ha sido mi vida".

Nota de la Redacción:

Por cuestiones de espacio, este artículo fue editado del original que se publicó en la revista Hopkins Medicine.